

# "Vivió el Concilio y lo quiso concretar en La Rioja"

**Hermana María del Carmen Parúas**  
Congregación de la Asunción

Conocí muy de cerca de Monseñor Angelelli; y hasta entonces nunca había conocido a un obispo. A pesar de ser Hermana hacía ya algunos años en España, nunca había hablado con un obispo. Por eso fue un impacto grande el encontrarle cercano, sencillo, alegre. Sobre todo me impactó su pasión por la Iglesia, la quería con todas sus fuerzas, con su vida, con todas sus grandes intuiciones. Vivió el Concilio y lo quiso concretar en La Rioja.

Con mi comunidad buscábamos meternos cerquita de la vida del pobre, una diócesis que realmente hiciera la opción de Jesús. Porque Jesús privilegió los pobres y una Iglesia que no está cerca de ellos, lo lleva a uno a cuestionarse... Y la verdad es que Monseñor Angelelli no nos defraudó. Creo que marcó esta diócesis. Y aunque la historia nunca se repite, ese sello tampoco se borra. Mi experiencia es que la Iglesia en La Rioja tiene algo que no es fácil de borrar.

Otro aspecto muy importante de Monseñor Angelelli es cómo percibió los valores de la mujer, y en especial de la mujer consagrada. Nosotras nos hemos sentido reconocidas en la Iglesia, cosa que no es tan fácil. En aquella época sólo se hablaba un poquito de Dios Padre y Madre, pero toda esta nueva teología, o esta profundización de la teología en ese aspecto, la hubiera gozado; y como profeta la intuyó. Buscó congregaciones religiosas para colocar una comunidad en cada punto cardinal.

Estas cualidades: la intuición, la cercanía con la gente, la sensibilidad, la búsqueda de la perfección de lo pequeño y de lo cotidiano, del valor de lo chiquito, las supo aprovechar en la pastoral, en la evangelización. Angelelli estaba seguro de que la experiencia eclesial, para el pueblo de Dios, había que hacerla en una pequeña comunidad donde la gente se sienta persona conocida y reconocida. Y muchas personas sencillas, que nunca habían sido tenidas en cuenta, tuvieron la experiencia de ser alguien en la Iglesia.

La importancia de la figura de Angelelli se manifies-

ta en la gran persecución que sufrió. Era un hombre fiel. Tenía una gran fidelidad a su Iglesia. Tuvo una intuición política, desde luego, pero fundamentalmente era un hombre de Iglesia. La gente que le entendió, que lo siguió, que colaboró, era perseguida, porque actuaba de igual manera, quería lo mismo. Entre esta gente hubo también sacerdotes y religiosas.

Yo iba mucho al campo, casi todas las semanas. En los años '75, '76 uno corría peligro, y tuvimos que dejar de ir. Uno sentía además como una mano negra, oscura que no sabemos de dónde viene ni a dónde va. Yo no estuve en CODETRAL, me quedé siempre en la ciudad, pero hubo dos hermanas que acompañaron esa experiencia allá en Aminga. Y fueron perseguidas, les quemaron la pequeña casa que tenían. Entonces Monseñor Angelelli les dijo que se fueran, que no se expusieran inútilmente.

Cuando ocurrió el asesinato de Monseñor Angelelli, sentimos miedo, mucho miedo. Porque una semana tras otra, fueron asesinados los sacerdotes, luego los laicos, luego él: era el turno de las religiosas. Cuando las cosas son oscuras, uno siente mucho más miedo. Hoy mantenemos la misma opción. Y si bien Monseñor Angelelli es irreplicable, hoy, como comunidad religiosa en el barrio, no tenemos ninguna dificultad. No hay una pastoral de conjunto, pero tenemos la suerte de estar con el Padre Pocho; y desarrollar la misma pastoral, que apuesta a las comunidades.-



## “Ya lo tenemos bien amasado”

Los últimos recuerdos del Pelado son de la misa del 31 de julio del 76 en Olta, días antes de su muerte. La misa era en acción de gracias por la libertad de Eduardo (Ruiz), el párroco de Olta, al que los militares tuvieron preso cuatro meses, desde el golpe. Era la ocasión también en que Angelelli quiso presentarme a la Comunidad de Olta donde él me había pedido que fuera para acompañar a Marcelo, que había quedado sólo por la prisión de Eduardo.

Yo había llegado a La Rioja los primeros días de marzo del 76, antes del golpe. Y mi primer destino fue estar con Antonio en Anguinan, cerca de Chilecito.

Yo venía de Villa Elisa, La Plata. Era religioso capuchino. Había terminado mis estudios teológicos hacía seis años. Pero no había querido ordenarme sacerdote por las relaciones tirantes de nuestra Fraternidad con el obispo de La Plata, Mons. Plaza. Finalmente Plaza consiguió que nos retiraran de Villa Elisa. Entonces yo pedí ir a La Rioja para integrarme con los hermanos capuchinos que estaban allí hacía unos años y por lo que en ese momento significaba Angelelli, el obispo de La Rioja, a quien había conocido en el seminario de Córdoba.

Mi idea era primero tratar de lograr una buena inserción en el pueblo y la iglesia riojana. Y después en tal caso pedir la ordenación sacerdotal al año o año y medio. Pero entonces vino esa avalancha de acontecimientos. A los pocos días de estar con Antonio en Anguinan trabajando en la cosecha de uvas, en la mañana del 24 de marzo nos despertamos con las marchas militares y la noticia del golpe. Eduardo fue preso. Pucheta fue preso. Luego supimos de muchos más. Muchos laicos vinculados a la iglesia. El 18 de julio los mataron a Carlos y a Gabriel, los curitas de Chamental.

Allí en Chamental, ante los cuerpos de estos mártires, sentí que debía pedir ocupar su lugar. Hablé con mi superior de la orden y juntos lo hablamos al Pelado pidiendo mi ordenación. Angelelli se emocionó. A los pocos días me pidió si podía ir a Olta para acompañar a Marcelo. Y así fue. El 31 de julio me presenté al pueblo de Olta, más o menos así: Aquí les presento y les encomiendo a Sebastián que va a estar con el P. Marcelo. Es también un fraile capuchino que ya lo tenemos bien amasado, listo para ser horneado y ordenado sacerdote. Con este lenguaje tan popular, tan del Pelado y tan riojano nos hizo comprender que el sacerdote era como ese pan casero que compartían en familia con los vecinos o con el que estaba de paso. El sacerdote era como un pan que debía entregarse y estar dispuesto como a dejarse comer por su gente, por todos.

El Pelado no me pudo ordenar, porque a los cuatro días, el 4 de agosto, lo mataron. Pero el 16 de octubre frente a la iglesia de Olta, ante el pueblo convocado en la plaza, me ordenó sacerdote Mons. Rubiolo. Entonces sentí el recuerdo, la presencia y el testimonio de Angelelli. Él ciertamente había sido el pan entregado por su pueblo. En él se había cumplido lo mismo que en Jesús. Angelelli no sólo había repetido muchas

veces en sus misas las palabras de Jesús: Este pan es mi cuerpo que será entregado por Ustedes. Lo había hecho realidad en su vida. Y sobre todo en su muerte. Entregado por su pueblo riojano.

Los 25 años de su martirio son también los 25 años de mi sacerdocio que sigo sintiendo tan unido a todo lo vivido en aquel 1976 y a mis once años de estar como sacerdote al servicio del pueblo riojano formando parte de esa iglesia de La Rioja que Angelelli había logrado convertir realmente en iglesia conciliar, renovada, abierta.-





## “Buscan un copete colorado”

TESTIMONIO de  
FRAY MARCELO KIPPES

Desde el sur de Chile, donde ahora resido, en la casa de Noviciado de los Hermanos Capuchinos, hago estas reflexiones y este testimonio. Tendría muchas cosas que decir, porque es mucho lo que guardo en la vida y en el corazón desde que conocí a Monseñor Angelelli.

Lo conocí en Córdoba, allá en 1963. Por entonces él era Vicario Episcopal de la Arquidiócesis y Rector del Seminario Mayor de Córdoba. Ya allí me tenían impactado su presencia, sus palabras, su persona, su vida de espíritu.

Fue una fiesta para el corazón cuando aquel 9 de marzo de 1972 llegó con Mons. Jaime De Nevaes a nuestra casa de Retiros "Villa Asís" en San Miguel (en una escapada de descanso de la Conferencia de Obispos). Sentados en el suelo (obispos incluidos), en ronda sobre el pasto, entre mate y mate, fuimos celebrando la vida, acercando el corazón a los pasados acontecimientos de "Martillo Chico" en Mar del Plata, y abriendo la mirada al futuro...

De pronto Antonio le dijo: "Y si fuéramos a La Rioja, ¿nos recibirías?". Y en rápida respuesta oímos: "¡Pero iá mismo me los ievo!". Así de frontal, de rápido, de lúcido, de firme en el Espíritu. Así lo conocí, y pude, por gracia de Dios, vivir cerca suyo durante unos buenos años: cinco años,

pocos en número, pero toda una vida en plenitud...

Me queda su "marca", la presión de sus manos en la bendición, el calor de su palabra, el amor de su abrazo y la serena fuerza de su confianza poco antes de morir: "Es a mí a quien buscan... Buscan un 'copete colorado'. Porque ellos saben 'Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas' "...

Pero aquel obispo, después de muerto, siguió cuidando la unidad de su pueblo. Ese obispo fue amigo, hermano y padre de sus curas y de su gente, los amasó a todos con el Pan de la unidad, en torno al Cristo Pastor que da la vida por los que ama, por todos.

Hoy, a 25 años de su martirio, no puedo menos que evocar su figura, tan firme, tan clara, tan del Cristo Buen Pastor, tan del Evangelio. Porque él fue fiel: *fiel a la Palabra*, *fiel a la Unción* y *fiel al Cayado*. "Y a los que son fieles les pertenece la corona de la vida"

San Enrique Angelelli, ruega por nosotros. San Enrique Angelelli: vos que rogaste ante sus cuerpos destrozados por los asesinos de tus "curitas" Carlos y Gabriel, rogá también por tus asesinos, que creyendo que te mataban te dieron la vida para siempre; convertí sus corazones. Amén

Temuco, Chile, Junio 2001